

# PELÍCANO ESMECHADO: UN PLATILLO DE SOBREVIVENCIA

---

*Carlos Varón Q.*

INVESTIGADOR INDEPENDIENTE

## *Resumen*

Aunque están rodeados de por el mar y la Ciénaga Grande de Santa Marta, hasta hace poco «inagotables» despensas marinas, en Pueblo Viejo, un pequeño municipio del departamento del Magdalena, sus habitantes por falta de alimentos se comen la mayoría de las aves que sobrevuelan su espacio aéreo.

## *Abstract*

Although they are surrounded by the sea and «La Ciénaga Grande» of Santa Marta, places that a little time ago constituted inexhaustible marine larders, in Pueblo Viejo, a small town that belongs to the Department of Magdalena, its inhabitants eat the majority of birds that fly around their air space due to the lack of food they are currently facing.

*Animales puros e impuros*

11. Comed todas las aves limpias

12 No comáis las inmundas, es a saber el águila y el grifo

17. *el pelicano, el calamón, el somormujo, la cigüeña.*Deuteronomio XIV, *Antiguo Testamento*

Llevábamos más de media hora esperando en silencio, el sol quemaba el rostro y el brillo del mar cegaba los ojos. Una brisa suave nos llenaba de arena el cuerpo, sobre todo el cabello. Varios grupos de pelícanos habían sobrevolado lentamente a baja altura el lugar, aunque no lo suficiente para poder ser cazados. A lo lejos se observaban algunos de ellos que caían en picada sobre las olas con la gracia de una piedra.

Grillito, Juliette y Jean Carlos, jóvenes con edades comprendidas entre los 7 y 15 años, estaban atentos a las aves, me pidieron que no hablara y que me quedara al margen de la cacería.

Por fin, cuando un grupo de unos veinte de ellos, pasó rozando el agua, Grillito con fuerza y diligencia alzó desde la playa la cuerda de Nylon que estaba atada en lo alto de un palo clavado a cien metros mar adentro. Uno de los pelícanos enredó sus patas flacas y grises en uno de los 8 anzuelos colocados a lo largo de la cuerda.

El animal emitió un profundo gruñido gutural y con todas sus fuerzas intentó zafarse varias veces del filudo anzuelo. Se hundió en el mar, salió a flote a respirar y repitió esta acción durante varios segundos más, creyendo, tal vez, que de esta forma se iba escapar de la fatídica muerte. Desde mi rincón en la orilla de la playa podía ver en sus ojos la desesperación y las ganas de aferrarse a la vida.

Con su largo pico el pelícano trató de atacar a Jean Carlos quien se había lanzado nadando al mar en el preciso instante en que el animal cayó enredado. Con un palo grueso le dio salvajemente varios garrotazos en la cabeza y en las extremidades hasta que el indefenso animal dejó de patear. El muchacho, de manera mecánica, lo agarró por el pescuezo y braceando lentamente, tomándose su tiempo, lo trajo hacia la playa.

Juliette, la menor del grupo, que jugaba en silencio con una muñeca sin brazos, al observar que traían el pelícano, con una sonrisa ingenua y dulce, entregó un cuchillo largo y filudo a Jean Carlos. El chico lo agarró con cuidado y con varios movimientos cortos y certeros, separó la cabeza y las alas del tronco del ya muerto animal.

La cabeza y las alas quedaron esparcidas en la arena, convirtiéndose en un sorprendente banquete para varios perros famélicos de orejas caídas y rabo entre las patas que merodeaban por el lugar.

Este fue el primer pelícano del día, luego vinieron otros dos y cuando recogieron cinco, después de tres horas, la cacería se dio por finalizada. Los niños intercambiaban los

papeles, unas veces Grillito era el que nadaba para matar el animal, otras veces lo despedazaba Jean Carlos y otras Grillito solo miraba atento por si «algo» se presentaba. La niña era siempre la encargaba de cuidar la captura y de pasarle el cuchillo al carnicero de turno.

Al finalizar la «masacre» los muchachos estaban cansados pero felices, cinco pelícanos era una buena faena, ahora habría comida para llenar la desocupada despensa de la casa.

Cada niño agarró un pelicano del botín, y los dos que sobraron fueron vendidos por mil pesos a un pescador que observaba desde temprano la cacería de los no tan inocentes chiquillos.

El dinero fue destinado para comprar limones en la tienda del «cachaco» que luego se repartieron entre todos.

Me fui detrás de Juliete y Jean Carlos, mientras grillito fue a su casa a dejar el animal pero regresó en menos de 10 minutos, ante la promesa que les hice de regalarles unas naranjas, fruta muy apetecida por ellos y difícil de conseguir en ese pueblo.

Caminamos hasta llegar a una «mejora» triste y a medio construir. La madre de Juliette y Jean Carlos, una mujer morena de 20 años pasados pero con la apariencia de haber vivido más de 30, nos recibió con alegría al ver que los muchachos traían pelícanos muertos y totalmente desangrados.

La mujer, de estatura mediana, ojos chiquitos y piel quemada por el sol, sacó una vieja olla de la despensa, la llenó de agua de la «pluma», prendió un fogón de leña y antes de meter el animal en ella lo adobó con limón y sal. Todo este proceso fue acompañado y tarareado por uno de los vallenatos de moda que sonaba en un viejo radiecito phillips de pilas.

Durante tres horas el pelicano reposaría en esa olla. La idea según la mujer era quitarle el olor a mariscos, como ellos dicen al fuerte y desagradable hedor concentrado a pescado que exhala el ave.

Los chicos tomaron un poco de agua y juntos fuimos a sentarnos en unas sillas de plástico, debajo de un árbol de trupillo que a esa hora era apetecido por su sombra. Grillito se reincorporó a la charla sentándose en el suelo. Y ahora que los veía nuevamente juntos y al constatar sus edades, advertí que eran muy pequeños para sus años, exhibiendo el grave estado de desnutrición en el que habían crecido. Comenzamos a hablar poco a poco. A pesar de que ya no estábamos en la cacería los niños no conversaban mucho. Había que preguntarles con tacto para obtener buenas respuestas, la mayoría de las veces sólo asentían con la cabeza o movían las manos cuando no estaban de acuerdo con algo.

«Al principio me daba miedo cazar, tenía terror que me picotearan, porque esos pajarracos son bravos, tienen un garfio en el pico y si uno no tiene cuidado lo 'enyardan' a uno». Comentaba Jean Carlos, reposado, «pero fui perdiendo el miedo



poco a poco, la verdad nadie nos enseñó, nosotros aprendimos viendo a otros pescadores hacerlo».

¿Y alguna vez te picotearon?, le pregunté:

«Si, aquí en la cara», me muestra el sitio con sus pequeños dedos, llenos de arena en las uñas, «en el pómulo derecho, abajo del ojo, mire», pero note que de la cicatriz sólo quedaba el recuerdo. «Me dolió mucho, hasta lloré, por eso cuando el Pelicano se enreda en el nylon no hay que darle oportunidad de nada, solamente pegarle con un palo hasta que quede listo.

¿Qué les dicen los profesores sobre la práctica de cazar pelicanos?

El Grillito un poco tímido, comentó que los profesores les aseguraban que eso era malo, que dañaban el medio ambiente y que estaban matando una de las mayores aves voladoras del mundo. ¿Y ustedes por qué no le hacen caso?

Todos sonrieron ingenuamente y uno me contestó que era ya costumbre, además, y que, muchas veces cuando la pesca se ponía mala el pelicano remplazaba la carne.

Ninguno de ellos sabía cuando y quien había comenzado con la costumbre de comérselos. Pero el padre de Jean Carlos y Juliette, un hombre de unos 42 años, de pechos desnudos, piel curtida y ennegrecido por el sol, intervino en la conversación al escuchar mi pregunta. El hombre había regresado hacia unos minutos del mar, donde trabaja jalando una changa, una red de ojo pequeño para coger camarón.

«Desde que yo abrí los ojos ya se cazaba el pelicano», me dijo seriamente, pero era para criarlo como animal doméstico. Sin embargo, a raíz de una mortandad de peces hace varios años ya y ante la imposibilidad de comérselos por estar contaminados, algunos pescadores descubrieron que se podía tragar y creo que desde ese momento nos lo comenzamos a comer. Claro también nos comemos otras aves, como el Coyongo o la Cigüeña, la tijaleta, el honguillo y el chorlito, en realidad la única ave que no comemos es el golero, pero si la situación sigue empeorando no dude que algún día nos lo comemos.

Repartí las naranjas a los chicos, ellos todavía con un poco de timidez para hablar me contaron mientras pelaban las frutas todos sus sueños y esperanzas. Descubrí que, como a todos los niños de este lugar, les gusta bailar champeta, regeton y vallenato, ver los programas infantiles de televisión como el ratón cósmico o los cuentos de los hermanos Grenn. La escuela no siempre es su favorita pero a todos les gustaría ser profesionales, la niña médica y a los otros ingenieros.

Cuando intenté despedirme, el padre, quien es un hombre amable, me convidó a quedarme unas horas más para que probara el pelicano esmechao. «La verdad es sabroso, sobretodo con tomate y cebolla. Mire, aquí viene a veces gente de Barranquilla y lo compran a 3 mil o 4 mil pesos, después allá lo venden en los restaurantes como pato, así que haga de cuenta que va a comerse un sabroso pato», me comenta con cierto aire de ufanación.



Decidí aceptar la invitación pero para no aburrirme me fui a recorrer con los niños el pueblo. El calor no dejaba de azotarnos y por el camino observaba muchas casas a medio construir, calles sin pavimentar y sobretodo mucha pobreza.

Primero fuimos hasta la plaza central, a esa hora vacía, porque jamás a un alcalde o a un cura se les ha ocurrido sembrarle un árbol. La iglesia permanece cerrada y las calles vacías por el impetuoso sol.

Nos refugiamos debajo del techo de una tienda, donde el tendero, antiguo pescador, me comentó que desde hace varios años dejó la pesca pues según él en el mar ya no se encontraba casi nada. El cómo todos los pescadores y como en general toda la raza humana, no se siente culpable por la depredación del mar, simplemente dice que otros fueron los causantes de la devastación del océano.

Observé con detalle la gente que venía a la tienda a comprar, la mayoría lo hacía por arroz, guineo verde y productos menudeados, de cebolla, tomate o manteca, de ciento y doscientos pesos

Los muchachos decidieron, entonces, llevarme a otro lugar pero para ello teníamos que atravesar la carretera que de norte a sur va para Barranquilla y de sur a norte hacia Santa Marta. Atestada de carros todo el tiempo es una vía con un alto índice de atropellamiento en el pueblo.

A ese otro lado de la carretera la pobreza es más profunda, se observan muchos ranchos sin gracia ni color, y un grupo de niños descalzos, también cazadores de aves se nos unen. El pueblo es una postal de la miseria.

Caminando llegamos rápidamente a la orilla de la Ciénaga Grande, de donde el olor a putrefacción nos inundó los pulmones. Sin embargo, a pesar de todo allí se veía vida, cientos de peces pequeños nadaban en desorden y los niños me aseguraron que por ese lado también se puede cazar, aunque no pelícano, sino honguillo y chorlito.

En una casita de madera donde habitan una infinidad de muchachos sin ropa ni zapatos, nos mostraron tres crías de pelícano, los pobre animales engrupidos en una antigua lata de aceite vacía, emitían los sonidos característicos de su especie, pero de desespero, se veían lúgubres y tétricos. Los muchachos los sacaron de la lata y los animales salieron corriendo a buscar la sombra.

Sudando y cansado después de observar este pueblo olvidado, regresamos a la casa de Jean Carlos y Juliette. Los niños que se nos habían unido me pidieron que les «tirara» para la gaseosa. Sólo tengo mil pesos, les dije, pero para ellos eso es una fortuna y se van corriendo mirando contentos el billete.

Casi dos horas después, el padre de los muchachos estaba esmechando con paciencia el pelicano, la manteca ya estaba lista, la sofríe con cebolla y limón, y probó un poco.



La verdad no olía bien. Acompañado de arroz y patacones de guineo verde, lo sirvió en un plato viejo de plástico rojo. Los niños lo devoraron con fascinación. Los padres hicieron lo mismo.

Durante el almuerzo hablamos poco, todos estábamos concentrados en nuestro alimento. Yo comía despacio y la verdad me hubiera gusta dejar aquel plato, pero por decencia no lo hice.

¿Cierto que esta sabroso? Aquí vienen turistas a probar pero casi no les gusta, no sé porque, dijo el padre mientras se chupaba los dedos.

Yo seguí tratando de comerme aquel pelícano esmechado, pero de pronto me atacó un fuerte dolor de estomago e imaginé que algo parecido debió sentir el animal cuando Jean Carlos le daba garrotazos hasta matarlo. Entonces no pude más. Me disculpé, me despedí y vine prontamente a escribir esta crónica con el tremendo dolor de estómago.

